

Hasta que, hechos á la medida de su grandeza y de su plenitud, lleguemos con él al ideal de nuestra perfeccion, es decir, al hombre perfecto. *In virum perfectum.*

CONFERENCIA SEGUNDA.

PUNTO DE PARTIDA DEL PROGRESO.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR,

En mi discurso preliminar he procurado hacer ver la importancia de dar una solucion á la cuestion del Progreso. En él he dicho : Es muy conveniente dar una direccion segura al movimiento que arrastra los hombres hácia el Progreso ; porque el Progreso considerado en su sentido mas lato, es en la naturaleza humana lo mas legítimo, mas fuerte y mas halagüeño que pueda darse. En el tiempo en que nos hallamos, esta direccion es tanto mas necesaria y urgente, cuanto esta palabra *Progreso* resume en sí todo el movimiento contemporáneo ; pues expresa á un mismo tiempo la idea, la pasion y la voluntad dominante, es decir, todo lo que da á un siglo, lo mismo que á un hombre, un carácter, una fisonomía, un poder. Así pues, tanto en los instintos de la naturaleza humana como en las necesidades de nuestro siglo, todo nos está diciendo á voz en grito : Dad una direccion segura al movimiento del Progreso ; porque lo que puede salvarnos no es el desprecio orgulloso, sino la solucion leal de las cuestiones que él nos presenta.

Señores, yo me propongo haceros ver en el cristianismo el poder de esta direccion y el secreto de esta solucion. Conozco que no es un empeño de poca monta : ¿ como pues me he atrevido á tomarlo sobre mí ? Es que he tenido confianza en el socorro que de la fuerza de Dios descende á la flaqueza del hombre : ved porqué me he atrevido á hablar de un asunto tan grande, tan profundo y tan delicado. *Credidi,*

propter quod locutus sum ¹. Comienzo con la mayor desconfianza de mis luces, pero con una confianza sin límites en la doctrina que os traigo; porque puedo decir al hablaros desde un lugar tan elevado y de asuntos graves: *Mea doctrina non est mea, sed ejus qui misit me* ². « Mi doctrina no es mía, sino que toda ella es de aquel que me envía. »

Hay dos cosas fundamentales sobre las que debe apoyarse desde luego una doctrina del Progreso para ser verdadera: el principio y el fin, el origen y el destino, el punto de partida y el punto de llegada. Todo Progreso que se cumple en el tiempo, es una marcha entre estos dos términos; el término de donde se parte, y el término á donde se llega. Luego toda filosofía ó toda teología que pretende el honor de dar á los hombres una doctrina del Progreso, debe desde un principio responder á estas dos cuestiones: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Cuál es el punto de partida, y cuál es el término del Progreso humano?

Estas dos cuestiones previas, que el buen sentido popular propone á cualquier inteligencia, son incapaces de resolver las filosofías puramente humanas. Los teóricos mas atrevidos del Progreso han confesado la incapacidad de sus teorías sobre estos dos puntos, diciendo: « La humanidad marcha entre dos misterios: el misterio del origen, y el misterio del fin. » Lo que ellos llaman Progreso humano, no es mas que una agitacion de los hombres sin punto de partida y sin fin determinado; problema insoluble, puesto entre dos desconocidas. El cristianismo descubre é ilumina con la luz de sus dogmas estas dos desconocidas de la sabiduría humana, y con ello sienta las dos piedras fundamentales de la doctrina del Progreso.

Así pues, Señores, ántes de llegar á las cuestiones mas prácticas que promueve este asunto, es preciso apoyar sobre estas dos grandes bases la verdadera doctrina del Progreso, y decir cuál es su punto de partida, y cuál su punto de llegada; porque no podemos pasar sobre estas dos cuestiones primordiales sin resolverlas. Hoy me limito á considerar el Progreso en su origen, y digo: que el cristianismo por medio de tres dogmas fundamentales muestra con toda claridad el punto de partida del Progreso humano; en tanto que todas las filosofías que no se ilu-

1. Ps. cxv. 1.

2. Joann. vii. 16.

minan con su luz, dejan en las sombras del error ó de la ignorancia este punto fundamental, sin el cual el Progreso es por necesidad un problema sin solucion.

I.

Y en primer lugar, el cristianismo con su dogma de la creacion ilumina el punto de partida del Progreso humano, porque solo él dice claramente por donde empieza el hombre.

Para buscar algun modo de resolver filosóficamente la cuestion del origen humano, no hay mas que dos grandes vias: la via del panteísmo, y la via de la creacion.

¿Es el hombre un sér libre, sacado de la nada por la libre accion de Dios, y creado á parte con un tipo determinado? ó bien ¿es el hombre un producto fatal del sér que se desarrolla? ¿es un escalon necesario en la serie de evoluciones divinas? Tal es desde luego la cuestion que el racionalismo agita al rededor de la cuna del hombre.

Los que han tomado á su cargo fundar una doctrina del Progreso rigurosamente anticristiana, no admiten la produccion libre del hombre por el poder de Dios, y niegan la creacion *ex nihilo*, por lo que son los tales resueltamente panteístas. Yo no discuto ahora su doctrina, que en su fondo es el radicalismo del error racionalista. Esta doctrina, tal cual la hallo, la pongo delante de la cuestion presente, y le digo: Tú prometes una teoría completa del Progreso humano; dime: ¿De dónde viene el hombre? La doctrina responde: « El hombre es divino; él sale de Dios, como la planta de su raíz, como la flor de su tallo, como el perfume de su flor. » Segun esta doctrina, el hombre es, en efecto, lo que se le quiera llamar; una germinacion, un descomulgamiento, un florecimiento, una emanacion de Dios. Fruto fatal de un Progreso necesario, salido de una vegetacion divina en un momento, oculto para siempre á todas las investigaciones de la ciencia. El Progreso, en las teorías del panteísmo moderno, es Dios que *se hace*, Dios que *empieza á ser*, Dios que empuja fuera de sí mismo, con un movimiento sin principio ni fin, las olas de su vida eternamente variable y eternamente mudable. Movimiento divino, que se lleva todos los seres

en una expansion siempre creciente; pero movimiento fortuito, sin punto de partida y sin punto de llegada, sin origen asignable y sin direccion determinada.

De esas evoluciones del sér que *empieza á ser* y de Dios que *se desarrolla*, salió el hombre. ¿Pero, cuándo? ¿en qué punto de la duracion? héteos ahí un misterio. ¿En qué rango de la jerarquía de los seres se colocó en el principio aquel, que mas tarde debia manifestarse tan grande? Otro misterio. ¿En qué grado, en el órden de la sensacion, del instinto, del sentimiento y de la inteligencia? Tambien misterio. ¿Bajo qué forma primitiva apareció por primera vez en la vida el hombre, salido de ese descogimiento secular? ¿en qué irradiacion de fuerza, de belleza, de armonía? Misterio, todavía misterio, siempre misterio. ¡Cosa notable! Esa filosofia tan ambiciosa de la clara vision de las cosas, cuando ella intenta levantar con su mano los velos que los siglos han extendido sobre el origen del hombre, no descubre mas que misterios, y os los trae envueltos con imágenes poéticas, cubriendo con las flores de su literatura la indigencia de su doctrina.

« La vida, dice ella, no era otra cosa el día siguiente á la última creacion, que una vasta metempsícosis, que de forma en forma, de la agregacion á la vegetacion, de la vegetacion á la sensibilidad, de la sensibilidad al instinto, del instinto á la inteligencia, iba en busca de un tipo definitivo que aun no habia alcanzado.

« La hora del último misterio habia llegado: ¡la tierra estaba en expectacion! el hombre parece, dando la mano á su mujer, y llevando en su frente como un alba naciente la majestad del pensamiento. Pero, ¿cómo ha nacido á la vida por la primera vez? ¿por qué generacion espontánea? ¿por qué incubacion misteriosa? ¿en qué larva? bajo qué crisálida ha vegetado, envuelto silenciosamente hasta el día en que ha podido ver la luz del sol? Aquel solo lo sabe, que hizo pedazos el molde de la primera creacion, y esparció bien léjos todos sus destrozos. »

De este modo nuevos Moiseses cuentan á su vez la creacion de las cosas y la creacion del hombre. No nos riamos, Señores, de esos reveladores, que creen llevar dentro de una metáfora el poder de destronar la Biblia y echar por tierra el Pentateuco: ántes bien comparezcamos estas caidas del espíritu humano, reducido á ocultar debajo

de esta abundancia de flores la falta de doctrina. Porque á la verdad, décidme ¿á qué vienen esos esfuerzos de imaginacion, sino á encubrir bajo el lujo de las imágenes la ignorancia de las cosas? ¿ó á lo mas á suscitar con la duda la misma cuestion que se trata de resolver? ¿por qué generacion espontánea? ¿por qué incubacion misteriosa? ¿bajo qué crisálida? ¿Qué significa todo esto, sino el escepticismo que duda, y la ignorancia que no sabe? Considerado literariamente, podría pasar; pero doctrinalmente, ¿de qué sirve á aquel que quiere fijar su fe en órden al origen del hombre y el punto de partida del Progreso? Ese hombre salido de su crisálida ¿es por ventura un animal trasformado? Entónces la cuestion vuelve atras en vez de resolverse: cambia de puesto sin aclararse. Ese animal trasformado ¿de dónde viene? En ese sistema de agregaciones ¿hasta dónde debe llegarse? A la manera que el hombre sale del animal, así tambien el animal sale del vegetal, el vegetal del mineral; y el mineral, agregacion secular de los elementos de la materia, es tambien el resultado de trasformaciones todavía mas lejanas. Y por lo mismo, conducido por esa filosofia conjetural, es preciso que vaya yo á excavar de capa en capa las largas elaboraciones de los siglos, atravesar á nado cataclismos y mas cataclismos, para perderme despues en medio de una creacion flúidica, en donde la materia se evapora en un océano de gas, y mi espíritu se desvanece en la nada de la doctrina y en el vacío del pensamiento.

Pero, Señores, yo sé que en el siglo décimono se presenta una filosofia mas seria para explicar el origen del hombre, y fijar doctrinalmente el punto de partida del Progreso. Ciertos filósofos dicen: « Nosotros no somos cristianos, esto es cierto; pero tampoco somos panteistas: nosotros negamos la evolucion fatal y la crisálida humana, y sin haberlo aprendido de Moises conocemos el origen del hombre y admitimos la creacion. »

Yo podría preguntar con alguna razon cómo esa filosofia pasa sin tropezar entre el error panteista y el dogma católico; pero no tengo ninguna necesidad. Convengo en que esa filosofia establece sin vacilacion y aun sin error esta piedra fundamental de la doctrina, á saber la creacion del hombre. Pero, esto sentado, no hemos concluido aun: que seais ó no seais panteistas, desde el momento en que, no haciendo caso de lo que dice Moises acerca del origen del hombre, formulais el

Progreso, vuelve siempre esta cuestion inevitable pidiendo una solucion : ¿Por donde comenzó el hombre? Vosotros decis : « El hombre ha crecido; » y el sentido comun pregunta : ¿Cómo lo sabeis? ¿Por ventura le habeis medido cuando apareció en su cuna?

¿Qué hace aquí el racionalismo, aun el mejor, aquel que no quiere ser ni materialista, ni panteista, ni ateo? Titubea, duda, conjetura. Acerca de esta cuestion capital no tiene símbolo, ni afirmacion, ni historia. Dogmática sobre la cuestion en sí, la filosofia racionalista empieza por decidir que la humanidad está en el Progreso; y para citar lo pasado como testigo, busca al traves de sombras fluctuantes el origen del hombre, retrocediendo á una vaga lontananza. Con la antorcha de su razon sigue su marcha, y atraviesa la noche de los tiempos hasta mas allá de las fronteras de los siglos históricos; y allí, faltándole la historia, llama la hipótesis en su auxilio. No pudiendo contar, supone; no pudiendo demostrar, adivina; no pudiendo afirmar, duda; no pudiendo decir lo que no sabe, dice lo que le parece; y no atreviéndose á decir : « Yo creo, » dice : « Yo sospecho. » Cara á cara con este gran problema del origen humano, cuyos primeros datos están hundidos dentro de lo desconocido, dice ella, no lo que ha visto, sino lo que ha imaginado; no lo que *fué*, sino lo que *debió ser*. Por el conducto de sus órganos mas autorizados dice y repite : El hombre debió aparecer en el principio en tal ó cual estado, en tal ó cual grado de perfeccion, de desarrollo, de belleza. Aquí, debió ser una arcilla *bosquejada sobre el tipo de los Titanes*; allí, debió ser el hombre *gigante* ó el hombre *cíclope*; en otra parte, el hombre primitivo debió ser un *niño*, superior al animal por su libertad, inferior al hombre por su simplicidad. En fin, ¿qué sé yo? El hombre fué *pastor*, el hombre fué *cazador*, el hombre fué *feticista*, el hombre fué *carnívoro*, el hombre fué *herbívoro*; el hombre fué todo lo que pudo ser.

Ya lo veis : esto no es, ni el dogma ni la historia, ni la doctrina ni la certeza; es la conjetura y la opinion, y en la conjetura y la opinion una variedad indefinida. Pero me equivoco; esos grandes exploradores del origen parece que están acordes en un punto, cuando dicen : « A lo « ménos sabemos, que en el principio el hombre fué salvaje. » Y la razon les parece á ellos demostrativa de una manera particular. Subiendo de edad en edad, con la marcha de las naciones, la corriente

de las civilizaciones, detras del hombre civilizado descubren al hombre bárbaro; detras del hombre bárbaro, y mirando tan léjos como puede alcanzar su vista, divisan al hombre *salvaje*... Así pues, está hecha la demostracion, y no queda la menor duda : « Nosotros sabemos, que « en todas partes el hombre fué al principio salvaje. » ¿Vosotros lo sabeis? Que me perdone vuestra filosofia : yo digo que vosotros nada sabeis absolutamente.

Vosotros decis, que mirando al traves de los primeros siglos habeis descubierto por todas partes el hombre *salvaje*. Yo puedo negároslo; pero no lo necesito, ántes bien quiero concedéroslo por un momento. Vosotros habeis encontrado por todas partes el hombre salvaje; pero detras del hombre ¿habeis mirado bien? El salvaje, ¿es ún sér perfeccionado ó un sér decaído? ¿Es el hombre en el punto de partida, que sube de siglo en siglo; ó bien es el hombre degradado que baja todos los dias? ¿Y estais bien seguros, que detras de él no habia nada que fuese mas alto? Si yo os digo sin daros prueba alguna : « La grandeza « está en el principio; lo que es mas perfecto, es lo que se halla mas « distante; lo que es mas hermoso, es lo que es mas antiguo, » ¿qué responderéis? Nada, absolutamente nada. Yo no aseguro en este momento que ello sea así; mas tarde llegaremos á la cuestion histórica : pero lo que digo es, que si yo lo afirmo, vosotros no tendréis nada que responder; y la afirmacion vale por lo ménos la negacion.

¡O filósofos! permitid que se os diga sin amargura, pero con una legítima franqueza : cuando vuestro dogmatismo al mirar nuestro pasado dice sin ningun apoyo en la doctrina y sin datos en la historia : « Yo he visto la cuna del hombre, yo sé el punto de partida del Progreso humano, » vuestra sabiduria os ciega; y aquello que llamais vuestro saber, no es mas que una duda que se disfraza y una ignorancia que se oculta, y al mismo tiempo el orgullo de mas y la sinceridad de ménos.

Así es, como el racionalismo deja envueltos de sombras impenetrables la cuna del hombre y el punto de partida del Progreso humano; y por mas que sondee todas las profundidades de la naturaleza y todas las profundidades de la historia, nunca triunfará de esta dificultad. No, si él no admite en su simplicidad doctrinal y su claridad histórica los datos cristianos sobre el origen del hombre, no, repito, no podrá

jamás responder á esta cuestion, que es la primera que suscita en el espíritu humano el gran problema del Progreso: « ¿Por dónde ha comenzado el hombre, y qué es lo que fué el hombre en su primera aparicion sobre la tierra? Y en este caso, no podrá jamás negar ni afirmar el Progreso; porque ignorando su principio, será incapaz siempre de medir la distancia entre el punto de donde ha partido el hombre y el punto á que ha llegado. Esta dificultad es verdaderamente radical; y por lo mismo me sorprende la facilidad con que los hombres mas graves y los filósofos de mas nombradía pasan delante de ella sin dar el menor indicio de que ven que es una dificultad insuperable por cualquier filosofía que no busca en el cristianismo el secreto del origen. La filosofía contemporánea, que afecta delante de los pueblos un horror tan grande por la obscuridad, y un desden tan fastuoso por las tinieblas que envuelven la cuna de las religiones; por lo que respecta al origen del Progreso que es su religion y su divinidad, admite misterios, sombras y obscuridades, que el buen sentido mas vulgar no puede sufrir en ningun orden de cosas.

¡Ah! Señores, el buen sentido de los pueblos ve aquí mejor que el talento de los filósofos, pues ve claramente, que el punto de partida de la humanidad no puede en la cuestion del Progreso quedar un punto indefinido, indeciso, ni obscuro; y me parece oírle que os grita conmigo: Salid del terreno de la duda y de la incertidumbre; y para sentar sólidamente la primera base del Progreso entrad en el terreno firme de la fe y de la certidumbre cristiana.

El cristianismo define con una precision divina el origen del hombre, y fija con una certeza que no permite hesitacion el punto de partida del Progreso humano. Bien sé, que la teología cristiana deja detras de la cuna del hombre anchas aberturas y perspectivas profundas, por las que el genio de la exploracion, guiado por la experiencia, la razon y la fe, puede abalanzarse con vuelo libre al descubrimiento de los orígenes anteriores á la creacion de nuestro linaje; y en esta parte los Padres de la Iglesia han precedido á vuestros exploradores mas atrevidos. Pero no consiste en esto la cuestion: se trata de la creacion del hombre y de la ley de su vida: se trata de su principio y de su primer paso en la carrera que le abrió en los siglos la voluntad del Criador. Ahora bien, el cristianismo afirma aquí, como punto de

partida, la *Creacion*; pero una creacion claramente dogmatizada, la sola creacion verdaderamente filosófica y verdaderamente popular: *El hombre criado de la nada por la accion libre de Dios.*

De cualquier manera que Dios haya preparado para el hombre su morada espléndida, el hombre aparece en ella en un dia fijo y con una forma determinada. De un solo golpe sale de la mano y del soplo de Dios con su fisonomía completa y su tipo acabado; de su mano digo, que le forma un cuerpo, de su soplo que le inspira una alma. De la arcilla de la creacion amasa ese cuerpo armonioso, en el que reúne todas las bellezas esparcidas en las creaciones inferiores á él. De una respiracion de él mismo cria despues esa alma, en la que imprime el sello de su semejanza, y hace relucir todos los reflejos de sus perfecciones; y esa alma, junto con el cuerpo que ella se lleva en su movimiento, la trae otra vez á sí mismo, dándole por resorte de su vida la aspiracion de lo infinito.

Así Dios hizo el hombre á imágen suya.... *Secundum imaginem suam fecit illum*¹. Él le puso, dice la Escritura, cara á cara delante de sí mismo, y le marcó con la señal de su rostro; le revistió de su fuerza; le dió el poder; hizo que saliese de su frente un terror capaz de sujetar los animales; le dió el juicio y la palabra, ojos para ver y orejas para oír; dióle una inteligencia para comprender y un corazon para amar; puso en la una la plenitud de la ciencia, y en el otro la plenitud del amor; le mostró el bien y el mal, y entre los dos colocó la libertad para escoger el uno ó el otro.

Hé aquí el hombre, tal como nos le revela en su primera aparicion un dogma claro y definido; héle aquí radiante en su aurora con esa hermosura completa, á la que van á mezclarse sin confundirse las hermosuras de la creacion y los reflejos del Criador; todos los dones de la naturaleza y todos los dones de la gracia; toda la perfeccion humana por fin, trasfigurada por la vida de Dios. No sale, no, de una misteriosa elaboracion de las fuerzas de la naturaleza; sale, sí, de un solo golpe de la omnipotencia del Criador. Él no es, ni gigante, ni Titan, ni cíclope, ni niño, ni feticista, ni salvaje, ni carnívoro, ni herbívoro; *él es el hombre*: el hombre todo entero en su tipo primitivo y su belleza ideal; el hombre perfecto: *virum perfectum*. Miradle, ahí está, tal como Dios

1. Eccli. xvii. 41, 42.